

ba hubiera inficionado á los conquistadores del imperio, si no se hubiera opuesto un dique al desbordamiento de sus pasiones, y el mundo habria perecido. El cristianismo moralizó á los Bárbaros; poseía lo que faltaba á los conquistadores del imperio, el genio de la unidad y el sentimiento de la caridad. Pero si el cristianismo era necesario para

levantar á los Bárbaros, éstos, por su parte, fueron un elemento esencial para el desarrollo de la civilizacion moderna. Sin el individualismo germánico, la unidad y la caridad cristiana hubieran llegado al anonadamiento de toda vida individual, á la destruccion de toda libertad.

LIBRO SEGUNDO.

LA UNIDAD BÁRBARA.

CAPÍTULO PRIMERO.

LOS BÁRBAROS Y EL IMPERIO.

Cuenta *Jornandes* que Teodosio consiguió llevar á Constantinopla á Atalarico, rey de los Godos, el cual, en su orgullo, habia jurado no poner los piés sobre el suelo romano, y que la ciudad imperial llenó de admiracion al viejo guerrero: "Paseaba sus miradas de un lado á otro; contemplaba con sorpresa, tan pronto la posicion de Constantinopla y los buques que llegaban y salian, como el concurso de pueblos diferentes que se reunian en la capital, no de otro modo que se ven salir las aguas de una fuente por diferentes puntos; pero cuando vió los soldados en orden de batalla, exclamó: No hay que dudarlo, el emperador es un dios en la tierra," (1).

La admiracion que experimentó Atalarico á la vista de la magnificencia de Constantinopla es una imagen de la impresion que hizo el imperio en los Bárbaros. Nadie creeria sino que el desden, la cólera y el odio debían animar á los destructores de Roma, pero no sucedía así: tenían, es verdad, desprecio á la cobardia de los Romanos; pero la

civilizacion antigua, á pesar de la degradacion de las poblaciones, tenía su aspecto de grandiosidad. Lo inmenso del imperio, el orden que se observaba en el gobierno, el lujo y las artes que embellecían la vida llenaban á los Bárbaros de admiracion y de respeto, sintiéndose incapaces de reemplazar el maravilloso edificio del régimen imperial. Aquellos opuestos sentimientos explican la conducta de los Bárbaros. En el primer furor de la invasion, quisieron destruir el nombre romano, que no significaba para ellos más que perfidia y opresion; pero á poco tiempo se doblegaron bajo el poder de la civilizacion que habia reinado tanto tiempo sobre el mundo y cifraron su gloria en restaurar el imperio. Oigamos las confidencias de Ataulfo, sucesor de Alarico:

"Mi ambicion más ardiente, decia él, en el primer momento, fué aniquilar el nombre romano y hacer de toda la extension de los dominios romanos un nuevo imperio que se llamase gótico, de suerte que, para hablar vulgarmente, todo lo que era *Romania* viniese á ser *Gotia*. Pero me convencí pronto de que los Godos eran incapaces de obe-

(1) JORNANDES, *Hist. Goth.*, c. 28.

diencia á causa de su indisciplinable barbarie. Entonces tomé el partido de buscar la gloria, consagrando las fuerzas de los Godos á restablecer y aumentar, si era posible, el poder de Roma, á fin de que la posteridad me mirase al ménos como el restaurador del imperio que yo no podía trasladar de los Romanos á los Bárbaros. Con esa mira me abstuve de la guerra y busqué cuidadosamente la paz,, (1).

El imperio no podía ser restaurado; la civilización que inspiraba tanto respeto á los Bárbaros no era más que la envoltura de un cuerpo agonizante. Viendo al imperio derrumbarse, los Bárbaros se repartieron sus despojos; los más ambiciosos intentaron restablecerle, no ya en provecho de los Césares de Constantinopla, sino en provecho propio. La monarquía universal parece ser el ensueño fatídico de todo conquistador. En la antigüedad, los pueblos del Oriente, después los Griegos y por-último los Romanos, tuvieron la ambición de someter al mundo entero. Roma casi realizó el propósito. Desde entonces, la idea de una dominación universal se apoderó de los ánimos, y fué como un ideal á que querían aspirar todas las naciones guerreras. Dos tribus germánicas marcharon sobre las huellas de Roma: los Godos, dueños de la Italia, de la España y de una parte de las Galias, parecían los llamados á suceder á los emperadores; su largo contacto con los Romanos los semicivilizó, sin hacerles perder su virtud guerrera; un grande hombre surgió de su seno, Teodorico, que se ha comparado á Carlo-Magno y á los mejores de los Césares; todos los elementos de éxito se reunían en favor de los Godos, y, sin embargo, fracasaron. Los Francos vinieron á las Galias en cortísimo número, algunos millares de hombres; extendieron rápidamente sus conquistas por Alemania y por Italia, y el papa puso la corona imperial sobre la cabeza de sus reyes. Pero, apenas murió Carlo-Magno, se disolvió su imperio, y á la unidad germánica reemplazó la infinita diversidad del régimen feudal. ¿Para qué tales tentativas de restauración? ¿Y por qué la obra en que sucumbió el genio de Teodorico se llevó á cabo, al ménos temporalmen-

(1) OROS., VII, 43 (traducción de THIERRY, *Cartas sobre la historia de Francia*, VI).

te, por los conquistadores de las Galias? ¿Por qué la unidad fué tan pronto reemplazada por la anarquía? Aquellos ensayos de reconstitución del imperio y las convulsiones de su decadencia abrazan un período de quinientos años. ¿Habrían sido estériles los trabajos y los sufrimientos de los pueblos durante un período tan largo? ¿No hay nada más que el reinado de la fuerza bruta y de una ciega fatalidad desde el siglo V al X?

Los conquistadores antiguos ignoraban los designios providenciales á los cuales servía de instrumento su ambición. La venida de Jesucristo es la que ha dado sentido á las expediciones aventureras de Alejandro y á las guerras incesantes del pueblo rey: los guerreros prepararon el camino al apóstol de la paz. Cuando la dominación romana se desplomó, el cristianismo había invadido todas las provincias del imperio; sólo le quedaba por conquistar el mundo bárbaro. Hubiese sido difícil á los misioneros penetrar solos y sin apoyo en medio de los habitantes semi-salvajes de la Germania y del Norte de Europa; los Bárbaros, recién convertidos, fueron los que defendieron y propagaron la religión cristiana. El imperio romano favoreció la predicación del Evangelio en el antiguo mundo, y para difundirlo entre los Bárbaros era necesario un imperio bárbaro.

Tal fué la misión de los conquistadores germanos. Los Godos no estaban destinados á desempeñar ese gran papel. El catolicismo sólo podía civilizar á la Europa bárbara, y los Godos estaban afiliados á la herejía arriana; representantes de una secta, tenían que desaparecer y confundirse en una unidad superior, así como las herejías fueron absorbidas por el catolicismo. Desde su entrada en la escena del mundo, los Francos se convirtieron á la fe cristiana; hijos primogénitos de la Iglesia, les correspondía propagar la religión cristiana entre sus hermanos de la Germania y del Norte: hé aquí por qué triunfaron los Francos allí donde fracasaron los Godos. Cuando la obra de la conversión de los Bárbaros estuvo terminada, ya su imperio no tuvo razón de ser; los Germanos no estaban llamados á rehacer un imperio decrepito, sino á fundar naciones fuertes é independientes. Hé aquí por qué la monarquía de los Francos hizo lugar al régimen feudal.

CAPÍTULO II.

EL IMPERIO DE LOS GODOS.—TEODORICO.

§ I.—Extension del imperio.

Teodorico es uno de los grandes hombres de la Europa bárbara; héroe de las tradiciones populares, ha sido admirado por los historiadores y los filósofos. El Senado y el pueblo de Roma creían ver en él un segundo Trajano. Un escritor del Bajo Imperio no vacila en parangonar al jefe bárbaro con el mejor de los príncipes que llevaron el título de Augustos (1). Herder le compara á los Antoninos, y deplora que su imperio durase tan poco y que Carlo-Magno y no él fuese el que presidió á la reconstitución de la Europa (2).

Nosotros no queríamos comparar con Trajano y Marco Aurelio al príncipe que dió muerte á Odoacro después de haberle prometido el perdón, al príncipe que manchó su reinado con el asesinato de Boecio. Es cierto que el rey de los Godos tenía algo del genio romano. Educado en Constantinopla desde la infancia, tomó gusto á la civilización antigua; y la ciudad imperial, que aún se hallaba en todo su esplendor, hizo en el joven Bárbaro la mis-

ma impresión que en el viejo Atalarico. Bajo el hábito de un Godo, Teodorico era un hombre de la antigüedad: su ideal era el imperio. Pero había llegado el tiempo en que las tribus germánicas, cansadas de estar á sueldo de los Césares, ansiaban un establecimiento durable en el territorio que ellos solos eran capaces de cultivar y de defender. Teodorico, fascinado por la grandeza aparente de las instituciones romanas, pensó en restablecer el imperio de Occidente en provecho de la raza bárbara.

“Teodorico, dice *Voltaire*, fué tan poderoso como Carlo-Magno; y sin tomar el título de emperador, que pudo abrogarse, ejerció sobre los Romanos exactamente la misma autoridad que los Césares.” En realidad, su dominación era más bien el germen de un imperio que un verdadero imperio. La Italia formaba el núcleo de la monarquía de los Godos; pero las circunstancias que acompañaron á la conquista dejaron algo de ambigüo en la posición de su rey. Antes de emprender la expedición contra Odoacro, Teodorico era dignatario del imperio, y la guerra de Italia fué concertada con el emperador de Constantinopla. En

(1) PROCOP., *de Bello Goth.*, I, 2.

(2) HERDER, *Ideen*, XVIII, 2.